Homilía060621

VERDADERA HISTORIA DE MISERICORDIA DIVINA

Un sacerdote relativamente joven está en un hospital visitando a algunos de sus feligreses. Camina por el pasillo y una monja lo detiene y le dice: “Padre, ¿puedes entrar en esta habitación? Hay un hombre en su lecho de muerte. Lleva días aquí. Les hemos pedido a los sacerdotes que entren, pero él ahuyenta a todos. No quiere hablar de Jesús. Pero se está muriendo. ¿Podrías visitarlo? El sacerdote entra y se presenta al paciente. El tipo estalla y comienza a maldecirlo. Está tan enojado: "No quiero tener nada que ver contigo. ¡Sal de aquí!" El sacerdote dice: "Está bien" y sale al pasillo.

La monja sigue ahí. Ella dice: "¿Podrías volver a entrar?" El sacerdote responde: "No quiere nada de lo que tengo que ofrecer". “Solo dale otra oportunidad,” suplica la monja

El sacerdote vuelve a entrar a regañadientes en la habitación. "No voy a preguntarte si quieres ir a la confesión. No voy a preguntarte si quieres la Sagrada Comunión. Pero, ¿está bien si me siento aquí junto a tu cama y rezo la Coronilla de la Divina Misericordia? El anciano responde: "No me importa. Haz lo que quieras." El sacerdote se sienta y comienza a rezar suavemente las palabras de la Coronilla:

 “Por Su dolorosa Pasión, ten piedad de nosotros y del mundo entero.

Por Su dolorosa Pasión, ten piedad de nosotros y del mundo entero ... "

De repente, el hombre estalla: "¡Basta!" Sobresaltado, el sacerdote mira hacia arriba y pregunta: "¿Por qué?" "¡Porque no hay piedad para mí!" "¿Por qué crees que no hay piedad para ti?" pregunta el sacerdote. "No importa", responde el anciano. Pero el sacerdote insiste: "¿Por qué crees que no hay misericordia para ti?" "Les diré ... Hace veinticinco años, trabajaba para el ferrocarril. Mi trabajo consistía en bajar el brazo de protección del cruce cuando llegaba un tren para evitar que los coches se salieran de las vías. Pero una noche estaba borracho. No bajé el brazo de la guardia de cruce, y una pareja y sus tres hijos pequeños estaban en las vías cuando llegó un tren, y todos murieron instantáneamente. Eso fue culpa mía. Así que no hay piedad para mí. He fallado. Está terminado."

El sacerdote se queda sentado mirando el rosario en sus manos. Finalmente, pregunta: "¿Dónde fue esto?" El hombre le dice el nombre de la ciudad polaca. El sacerdote lo mira y dice: “Hace veinticinco años, mi mamá y mi papá estaban llevando a mis hermanos pequeños a un viaje. No pude ir con ellos. Conducían por este pequeño pueblo. Por alguna razón, el brazo de protección del cruce de ferrocarril no se bajó. Mientras cruzaban las vías, llegó un tren y los mató a todos. Perdí a toda mi familia esa noche. “El sacerdote mira fijamente el rostro del hombre y dice: “Hermano mío, Dios te perdona. No solo eso, sino que también te perdono.” El hombre se da cuenta de que la misericordia de Dios es para él. El sacerdote pregunta: "¿Me dejarías escuchar tu confesión y darte la Eucaristía?" El hombre hace su confesión y recibe la Sagrada Comunión. Dos días después muere. La misericordia gana. Su fracaso no es definitivo.

PERO. La historia continúa. Hay más. Es algo genial.

Después de darle la Comunión al hombre, el sacerdote sale al pasillo en busca de la monja. No puede encontrarla. Acude al administrador del hospital. El administrador le dice: "No empleamos a ninguna monja en este hospital.” Hace años que el cura no sabe quién es esta monja. Finalmente, va a la ciudad de Vilnius en Polonia, que es donde vivía Santa Faustina. Va al convento a decir misa por las monjas. Ve un cuadro en la pared de Santa Faustina y dice: "Conocí a esa monja. Un par de años atras." “No, padre, no lo hizo”, responde una de las monjas. "Ella ha estado muerta desde diecinuevo treinta y ocho (1938).” El sacerdote entonces se da cuenta de que fue la hermana Faustina quien le dijo que fuera a la habitación del paciente, le dijo que volviera a esa habitación. El fracaso no es definitivo. No cuando se trata de Jesús. Jesús no está muerto. Él era. Él ha resucitado y está gobernando sobre Su creación usando Su poder omnipotente para dirigir todo en el mundo para llevarte a salvo a esa vida eterna. Y no nos ha abandonado.

Él ha encontrado una manera de permanecer con nosotros y permanecer con nosotros mientras viajamos por esta tierra. Ha elegido ser un buen pan para nosotros. Pan que sostiene. Pan que da vida. Y el que supo transformar el agua en vino, también se transformó en pan. Parece pan y sabe a pan pero se transforma, cambia. Ahora es el Cuerpo de Cristo, según su propia palabra. El que es amor. Aquel que es el regalo de amor del Padre para nosotros, ha convertido su amor en pan para sostenernos mientras permanecemos. Y ese amor es un amor misericordioso. Nos da un motivo de esperanza y profundiza nuestra fe. Estas tres cosas son todo lo que realmente perdura en la vida, la fe, la esperanza y el amor. ¿El más grande de estos? Es amor.

Esta tarde tenemos con nosotros a tres miembros de nuestra parroquia que recibirán el Sacramento de la Confirmación. Ya han sido bautizados sus otros sacramentos. Renovarán sus promesas bautismales y recibirán el sacramento de la Confirmación. En la Comunión ratificarán este sacramento al recibir la Sagrada Comunión. ¿Cuándo sucederá todo esto? Ahora mismo.

Que el Señor nos bendiga en esta fiesta del Corpus Christi y nos dé su paz.